

**Luis Felipe Díaz, *la na(rra)ción en la literatura puertorriqueña*, San Juan. Ediciones Huracán, 2008.**

El título del nuevo libro de Luis Felipe Díaz expone, de entrada, una ampliación del tópico “na(rra)ción”, el cual podemos observar ya en su discurso esbozado en la revista *bordes* en 1998, y, posteriormente, en “Tránsitos y traumas en el discurso na(rra)cional puertorriqueño del siglo XX”, incluido en el libro *Globalización, nación y posmodernidad* (2001). Siguiendo el post estructuralismo, sobre todo, Díaz se adentra en el estudio de un *corpus* de textos particular de la literatura puertorriqueña, que expone un “relato” singular que los convierte en armas traicioneras contra los “autores” y sus ideologías, pero, también, contra la forma en que la historiografía y la crítica literaria en Puerto Rico habían organizado sus discursos. Ésta es una de las posibles lecturas de esos textos. Importa aquí el proyecto de re-crear desde una subjetividad afectada, a su vez, por otras ideologías, y observar desde el texto un “relato” que se construye y que, por lo tanto, está siempre “sujeto” a una subjetividad. Se trata de un proyecto que subvierte la tradicional idea (moderna) de que el ser humano (artista) crea el texto independientemente de él, avalando, de ese modo, el genio ilustrado y romántico, el yo trascendental. Ahora el texto, como un agente de la cultura, crea al sujeto y, a la vez, destruye al yo, re-creándolo. El yo trascendental deja de tener el poder que lo caracterizaba. Su lugar y espacio los colmará el sujeto, tanto del autor como del crítico.

Bien es cierto que el sujeto que se analiza en el texto de Díaz está en una tensión ambigua, bipolar, entre el sujeto y el yo trascendental, que no abandona del todo. Se posiciona como el portador de un discurso, también, inicialmente agresivo contra lo hegemónico, pero finalmente hegemónico, también, e instaurador de una inteligencia “sujetante”, de una imposición que procede del conocimiento derivado de la deconstrucción, que lo lleva a caer en la trampa de su propio discurso, como le sucede al artista. No obstante, el valor del libro de Díaz está en el riesgo del intento, en lo que mayor valor tiene para el arte y la literatura: la hermenéutica del texto por el placer que él pueda depararnos, al exponer las fisuras y los proyectos que devela, a su vez, la estructura profunda.

La lectura de Díaz se centra en el reconocimiento del “relato” de una cultura puertorriqueña que se gesta a partir de la condición colonial de Puerto Rico en el desarrollo de su “historia”. Ese relato depende de las ideologías de unos grupos de letrados a lo largo de la literatura en Puerto Rico y de la diáspora. Sin embargo, el relato tiene que aparecérsenos obligatoriamente fragmentado y escurridizo. En primer lugar, porque, siguiendo las ideologías de la postmodernidad, Díaz entiende que esa identidad colonial es lo que confiere cohesión a un supuesto relato sobre la nación. En segundo lugar, se da por sentado que

existe una comunidad intelectual que “nos” constituye o que “nos” construye como otro. En tercer lugar, porque con lo anterior se olvida que éste no es el único relato sobre la nación que han esgrimido los letrados en Puerto Rico y en la diáspora, derivándose, a su vez, el relato de “un letrado puertorriqueño” que crea un relato.

La hermenéutica de Díaz va tras la pesquisa del letrado en relación con las posibilidades de la identidad nacional y el sujeto dentro de esos proyectos. Con este libro se persigue una forma de instauración de un canon que, inevitablemente, excluye e incluye. A pesar de que Díaz define la na(rra)ción como el producto de las aspiraciones de la “sociedad letrada”, desde la fundación de la modernidad hasta la tardomodernidad, el “dinámico paradigma” se torna ambivalente cuando nos topamos con obras como *Cuentos y fantasías y Tres banderas*, ambos de Eugenio Astol, o con *La capa azul y Don Pepe*, de Jesús María Amadeo, o con *Ernesto Lefevre o el triunfo del talento y Tío Fele*, de Eleuterio Derkes.

A partir de una serie formal y sólida de teorías que incluye a Yuri Lotman, Jacques Derrida, Julia Kristeva, Gianni Vattimo, Jean François Lyotard, Frederic Jameson, Jean Baudrillard, Homi K. Bhabha, Gayatri Chakravorty Spivak, Michel Foucault y un etcétera considerable que da cuenta de la solvencia de Díaz en ese campo, el libro propone una forma de acercarnos a la concepción que la postmodernidad ostenta en relación con el “proyecto” moderno, afiliado al pensamiento de la cultura letrada occidental. Más aún, se trata de la forma en que, en la postmodernidad (definida como época), se entienden las catástrofes del siglo XX, sobre todo, supuestamente productor del progreso y de la razón como los propugnó ese grupo letrado. Así, la postmodernidad intenta demostrar el fracaso de la racionalidad y de la modernidad. Producto de esto será la distancia irónica que pretende establecer el discurso de Díaz respecto de la na(rra)ción en los textos seleccionados. No obstante, irrumpe el mundo alterno que caracteriza al postmoderno, cuando se observa que, contrario a la práctica de “algunos postmodernos” en la desarticulación del canon nacional de la cultura puertorriqueña, aquí se “respetará” el proceder de los letrados coloniales en sus construcciones discursivas, independientemente de las críticas que pueda hacerseles. Resulta estimulante la siguiente afirmación: “[...] no creemos en la praxis histórica tras la deconstrucción que muy cómodos realizamos desde nuestros espacios postmodernos tan controlados por un capitalismo depredador”.<sup>15</sup> Sin embargo, los análisis incluidos en el libro conducen en su trayectoria hacia un cenit coronado por el anhelo de observar y analizar una literatura postmoderna, como se nota en el último capítulo. Sin embargo, Díaz se encuentra con la incertidumbre, pues no logra identificar lo que busca y, más aún, se percata de que es imposible estudiar la literatura en Puerto Rico

---

<sup>15</sup> Luis Felipe Díaz, *La na(rra)ción en la literatura puertorriqueña*, San Juan, Ediciones Huracán, 2008; p. 16.

a partir de los viejos parámetros de generaciones y de promociones. De ese modo, se topa con uno de los mayores aciertos de su libro: es más ventajoso perseguir los discursos y sus ideologías que a los individuos en la historia, en el sentido tradicional.<sup>16</sup> Antes que la literatura postmoderna, Díaz nos describe la polémica postmoderna afiliada al post estructuralismo, el discurso de algunos pensadores puertorriqueños de esa tendencia (Arturo Torrecilla, Carlos Pabón, Juan Duchesne Winter) y el caprichoso caos que implica el presente en torno a la posibilidad de que tal moda sea la verdad o un estado *de yecto* de la academia en Puerto Rico. El riesgo puede ser legítimo y productivo, como en este caso, en vista de que solo analiza aquellas obras que ofrecen ciertas características que permiten montar el discurso anhelado; y puede ser esclarecedor para quien sabe distinguir el grano de la paja, cuando se observa que los “novísimos escritores” no es un rótulo que incluya a todos los escritores, sino a algunos escritores que no necesariamente son novísimos, y, cuando, como señala el mismo Díaz, no es posible afirmar la existencia de una “generación postmoderna”. El problema se agrava, pues las obras que se señalan como “postmodernas” resultarían ser un fraude, ya que todavía no se han podido producir textos que se equiparen con las reconocidas obras de los “setentistas”, para usar el término que usa Díaz. Si con los postmodernos, el lado clásico de la cultura moderna acude a su frontera más otreica y sorprendente; si a los postmodernos los seduce el ubicarse en los márgenes, en los bordes o en los intersticios; si la mezcla de Mona Lisa con el oso selvático es indicio de lo postmoderno; cabe preguntarse en qué se distingue ese gesto respecto de las invectivas vanguardistas de principios del siglo XX. Si el arte ha dejado de tener el aura especial y ha perdido el encantamiento, en qué se distingue esa convicción con respecto a la pérdida del aura que proclamaba Walter Benjamin, en la fisura de finales del siglo XIX y de principios del siglo XX. ¿Acaso lo que distingue al arte postmoderno es una contradicción interna que no le permite observar que su subsistencia es su propia negación? Díaz olvida que la noción de un arte bello-sublime se vio amenazada desde la instauración de la estética moderna (que definió Alexander Baumgarten) en la “estética de lo feo” de Karl Rozenkranz, o que la esencia de lo sublime de corte platónico se vio confrontada por la noción de lo sublime que impulsó Edmund Burke en los albores del romanticismo. Quizás, todo esto tenga que ver con la fe en un ser posthumano, en una poscultura y en una postsociedad que todavía no ha logrado un “postarte”, como se observa el final del libro. El género que parece sobrevivir a toda esta amenaza, en el discurso de Díaz, es la poesía, solapada, subrepticia, en las obras de aquellos artistas que, sabiendo que los acorrala la postmodernidad, continúan las formas poéticas maduras de la modernidad.

Este libro de Luis Felipe Díaz persigue la evolución de un discurso: su formación en el siglo XIX, en obras como *El Gíbaro*, de Manuel A. Alonso,

---

<sup>16</sup> *Ibid.*; p. 216.

y en los proyectos de Alejandro Tapia y Rivera, Eugenio María de Hostos y Manuel Zeno Gandía; su desarrollo y punto culminante entre el vanguardismo y la "Generación del treinta"; los cuestionamientos de las generaciones y promociones a partir de los años setenta, hasta llegar a una época de inestabilidad en la cual se encuentran en pugna los discursos de la modernidad y de la postmodernidad. En ese sentido, podemos celebrarlo como una aportación valiosa para los estudios de la literatura en Puerto Rico y como un intento encomiable de enfrentar un tema tan trillado que puede ser aún polémico.

*Miguel Ángel Náter*  
*Universidad de Puerto Rico*  
*Recinto de Río Piedras*